

## Agenda ciudadana

Lorenzo Meyer

# Con novedades en los frentes

Si novedad en el frente occidental (1929), de Erich Maria Remarque, es un clásico de la literatura bélica. Si la política puede ser la guerra por otros medios, la crónica del inicio del actual gobierno mexicano puede titularse como el reverso del título de esa novela. Aquí y hoy en todos los frentes de la guerra política hay novedades.

El primer frente que abrió Andrés Manuel López Obrador (AMLO) fue ¡contra su presidencia! Para disminuir los excesos de la vieja clase política, AMLO puso en marcha un programa de austeridad que, entre otras cosas, recortó el salario, el equipo y los privilegios de la propia presidencia. Prescindió de la suntuosa residencia oficial, del poderoso Estado Mayor Presidencial y su cuerpo de guardias. Hoy, en el gabinete o en el congreso federal nadie puede tener una remuneración mayor a la del presidente y esto ha puesto presión sobre toda la clase política. La batalla por la austeridad aún no está ganada, pero casi.

En la “batalla de Texcoco” el nuevo gobierno chocó con los grandes poderes fácticos al negarse a seguir adelante con el magno proyecto del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México (NAIM), donde ya se habían invertido entre 60 y cien mdp, pero cuyo costo total se estimaba entre 169 y 285 mdp. El grueso de los contratos de esa obra se había dado a grupos tan fuertes como Carso, ICA, GIA+A o Ángeles, (El Financiero, 30/10/18). La reacción no se hizo esperar y Coparmex incluso auguró que ese “error” marcaría al nuevo gobierno como La Casa Blanca o Ayotzinapa marcaron a su antecesor, (Proceso, 04/11/18). Al revelarse aspectos de corrupción en torno al NAIM, lograrse acuer-

dos con inversionistas y proponer una alternativa más modesta (Santa Lucía), con lo que el gobierno mantiene la iniciativa.

La batalla del presupuesto y el gasto del gobierno federal se centró en el re-direccionamiento. El pago de la gran deuda pública y el compromiso de no aumentar impuestos, fueron, y siguen siendo, dos de los grandes obstáculos a los ambiciosos programas sociales del nuevo gobierno. Algunos gobernadores, varias universidades públicas, miembros de la comunidad cultural y otras dependencias se quejaron por los recortes y el gobierno debió hacer modificaciones, pero echó a andar sus primeros proyectos sociales en beneficio de jóvenes y personas de la tercera edad. Esos programas aún deben pasar la prueba de su efectividad y, otros -como la reconstrucción de zonas afectadas por el último sismo, las cien nuevas universidades, etcétera-, transcurrir del diagnóstico a la ejecución. En este frente, la batalla por hacer que el Estado signifique algo para la parte más frágil de la sociedad apenas se inicia y su resultado está abierto a debate.

Las encuestas mantienen que la seguridad es una preocupación central para todas las clases sociales. Por ahora, un instrumento para recuperarla -la creación de una guardia nacional (GN), inicialmente conformada mayoritariamente por miembros de las fuerzas armadas- ha enfrentado al proyecto del gobierno con varios grupos de la sociedad civil, la CNDH y organismos internacionales, que ven en la GN el huevo de la serpiente del militarismo. El congreso respaldó el proyecto de López Obrador, pero éste debió ceder en un punto importante: la GN será responsabilidad de un mando civil -el

Las encuestas mantienen que la seguridad es una preocupación central para todas las clases sociales. Por ahora, un instrumento para recuperarla -la creación de una guardia nacional (GN), inicialmente conformada mayoritariamente por miembros de las fuerzas armadas- ha enfrentado al proyecto del gobierno con varios grupos de la sociedad civil, la CNDH y organismos internacionales, que ven en la GN el huevo de la serpiente del militarismo.

de la SSP- aun cuando su estructura interna mantenga un carácter militar:

Hoy por hoy, a querer que no, “la madre de todas las batallas” porque de varias maneras afecta a toda la sociedad, es la que se libra en tierra, mar y aire contra el robo de combustible. Se trata de la lucha contra las varias modalidades del robo de combustible y el desabasto en los expendios. Su objetivo último es devolver viabilidad a la empresa que fue nave insignia del nacionalismo mexicano, pero que los abusos, la corrupción y la irresponsabilidad de muchos gobiernos dejaron moribunda vía una carga impositiva excesiva, contratos corruptos, una casta sindical rapaz y, en los últimos años, favoreciendo, por acción y omisión, el robo masivo de los combustibles. Se trató de una piratería, tanto dentro como fuera de Pemex. Según cálculos de la empresa, este robo fue de 38 mil barriles al mes en 2013, pero en 2018 llegó a los 65 mil: 56 mil en ductos y nueve en las instalaciones mismas de Pemex, (conferencia de prensa presidencial del 14/01/19).

La peculiaridad de esta batalla contra el

llamado “huachicol” es que el costo directo e indirecto lo ha pagado toda la sociedad en la forma de desabasto de combustible por el cierre de ductos para combatir las múltiples tomas clandestinas y pérdida de recursos para el erario. La magnitud de lo robado el año pasado se calcula en 66, 300 mdp. (Forbes México, 27/12/18). La red de saqueo incluye carteles del narcotráfico, bandas locales, empleados y ex empleados de PEMEX, gasolineros, empresarios y grandes transportistas, autoridades federales y locales, comunidades, policías. El gobierno se ha topado con resistencia y sabotaje, pero mantiene el apoyo público.

La presidencia ha definido la batalla por PEMEX y contra el “huachicol” como una lucha del Estado contra un enemigo fundamental de la sociedad: la corrupción y el crimen organizado. Desde esta óptica, el Estado está obligado a imponerse, pues lo que está en juego no es sólo el nuevo régimen sino la naturaleza de ese Estado: fallido o efectivo.

[www.lorenzomeyer.com.mx](http://www.lorenzomeyer.com.mx)  
[agenda\\_ciudadana@hotmail.com](mailto:agenda_ciudadana@hotmail.com)

Jorge Zepeda Patterson

Luis Rubio

## ¿Qué hay detrás de la rapiña?

No es casual que las tragedias se desaten en lugares impronunciados o inéditos para el resto de los ciudadanos. Ayotzinapan, Tlataya o ahora Tlahuelilpan terminan por convertirse en nombres familiares por las razones más siniestras, a golpe de muertos. Y tampoco es casual que sean nombres indígenas; los desastres suelen presentarse allá donde el hambre es mayor, donde los poderes reinantes son más salvajes y la vida de los personas es más vulnerable ante las fuerzas naturales o de las otras que los vapulean. Así como las grandes epidemias, las hambrunas o los genocidios tienen lugar en los sótanos del Planeta, en las zonas atrasadas de África o de Medio Oriente, en nuestro país se ceba sobre nuestro tercer mundo local.

Alrededor de setenta muertos y contando es el saldo que ha dejado la explosión en Tlahuelilpan (y sí, apréndase este nombre porque desde ahora formará parte, junto huachicol o Ayotzinapa, del léxico rojo con el que intentamos nombrar lo innombrable).

Las tragedias suelen atribuirse a muchos padres, dependiendo del lugar en donde estemos parados. Algunos aprovecharán el dolor y la indignación para cargarlo a la factura política de López Obrador, insistiendo en que esto no se habría presentado si el gobierno hubiera encarado de otra manera la batalla contra las mafias que trafican con el hidrocarburo. Otros apuntarán el dedo flamígero contra el ejército por no haber impedido que la gente convirtiera en una romería la fuga de gasolina. Otros responsabilizarán, en primera instancia, a la propia población que mire por donde se mire estaba cometiendo un acto de rapiña en contra de las órdenes de la autoridad. Y algún exigente, incluso, podrá argumentar que tampoco esto se habría presentado si los gobernadores de la región Centro Occidente no hubieran exigido tan categóricamente la reactivación de los ductos, a pesar de que el gobierno federal no había terminado el operativo de revisión de fugas y blindaje de seguridad.

Todos estos no son más que pseudoargumentos. No nos engañemos, el responsable es el crimen organizado y la guerra que ha desatado aparentemente en contra del gobierno federal, pero en realidad en contra de la sociedad en su conjunto. Los huachicoleros no sólo sabotean los ductos para provocar desabasto en las ciudades y desencadenar la indignación de los habitantes en contra de la campaña que el gobierno ha puesto en marcha; además usan a la población literalmente como carne de cañón para encarecer los saldos de esta guerra.

Lo de Tlahuelilpan es un ejemplo típico de esta estrategia. Una perforación con la consiguiente fuga y una convocatoria a la población para que acuda a la rapiña. Un crimen tan astuto como cobarde. Buscar ahora otros responsables no hace sino seguirle el juego a este perverso montaje.

El crimen organizado es resultado de la impunidad que se ha instalado en la vida pública en México; la ausencia de estado de derecho y la corrupción de las policías han prohiado el surgimiento de poderosos sindicatos dedicados a la delincuencia. Pero en el huachicolero existe un factor adicional: la extendida cultura de rapiña entre la población.

Todos estos no son más que pseudoargumentos. No nos engañemos, el responsable es el crimen organizado y la guerra que ha desatado aparentemente en contra del gobierno federal, pero en realidad en contra de la sociedad en su conjunto. Los huachicoleros no sólo sabotean los ductos para provocar desabasto en las ciudades y desencadenar la indignación de los habitantes en contra de la campaña que el gobierno ha puesto en marcha; además usan a la población literalmente como carne de cañón para encarecer los saldos de esta guerra.

No solo me refiero al hecho de que acudan a recolectar combustible en una fuga para apropiarse de un bien público o el saqueo y descarrilamiento cada vez más frecuente de vagones de trenes con cereales, camiones con vacas o televisores de una tienda de cristales rotos. Robos en los que participan comunidades completas y recuerdan las escenas que sólo habían sido vistas en películas apocalípticas o en emergencias límite provocadas por un desastre natural. Por lo general tales escenas, en las películas de ficción, sobrevienen cuando el orden social se colapsa y las instituciones del Estado dejan de operar, trátese de una invasión de zombis, de alienígenas o un sismo catastrófico.

Por desgracia en México la rapiña comunitaria, por así decirlo, es una imagen cada vez más frecuente en los noticieros y en las redes sociales. Podríamos pensar que es el reflejo de un colapso en las instituciones, pero por desgracia va mucho más allá de eso. La gente roba los bienes públicos (y los privados cuando puede hacerlo impunemente) no solo porque no hay un orden legítimo que se los impida, sino porque asume que los de arriba, los ricos, los políticos, los empresarios, hacen lo mismo. El hombre que llena su bidón de los charcos que rodean a una fuga asume que tiene tanto o más derecho que el funcionario de Pemex que los escamotea a gran escala o que el empresario gasolinero que vende litros recortados.

¿Cómo desandar la costumbre de esta rapiña generalizada? No será fácil. Pero si existe un camino ese comienza por arriba y en eso coincido con López Obrador. Los recursos públicos son de todos y los funcionarios son los primeros que tendrían que cuidarlos. Puede resultar ridículo ver al presidente hacer cola en un avión de línea para hacer sus giras pero ese, como muchas otras similares, es un acto de un profundo simbolismo para cambiar el descomulgado sistema de valores en el que chapotea la vida pública en México.

[@jorgezepedap](mailto:@jorgezepedap)  
[www.jorgezepeda.net](http://www.jorgezepeda.net)

## Enconos y rencores

Quien siembra vientos, reza un refrán, cosecha tempestades. Así, con vientos -en la forma de enconos, rencores, descalificaciones y desprecio- comenzó el gobierno de Andrés Manuel López Obrador. Es una forma de hacer política que apuesta a la permanencia de vientos favorables, al apoyo continuo, a la resignación de la población. Se trata de una apuesta riesgosa porque tarde o temprano aparecen las tempestades y, para entonces, los “otros”, éstos que han sido denostados y agraviados, estarán en otras cosas. La política de la discordia es útil en tiempos electorales, pero letal en el proceso de construcción nacional.

Todas las naciones requieren un nivel elemental de acuerdo para avanzar; pero igual de valioso es el desacuerdo, siempre y cuando éste sea sobre ideas y modos de resolver los problemas y nunca involucre descalificaciones personales. Al menos así avanzan las sociedades democráticas y civilizadas, como ilustró el Reino Unido -a todo color- esta semana. Sin embargo, en los últimos meses, se juzga la moralidad de personas y grupos a partir de su postura política: los buenos están conmigo, los otros son conservadores o, para usar la lengua franca, “fifis”. El presidente perdona o excomulga con un fervor casi religioso. En lugar de sumar, lo que debería ser la esencia de la función gobernante, se descalifica, eliminando los espacios de acuerdo.

Nadie disputa quién es el presidente; su legitimidad es el punto de partida. Tampoco está en discusión que ya concluyó el proceso electoral y que ahora el presidente es responsable del devenir del país. Su mejor interés radica en sumar al conjunto de la población en su proyecto de desarrollo: nada funciona mejor que con la participación y aquiescencia de todos. La estrategia de dividir, polarizar y descalificar es lógica y racional en tiempos de disputa electoral pero no sólo es absurda en tiempos de gobierno -máxime cuando nadie disputa su legitimidad- sino que es absolutamente contraproducente.

Seis años son muchos meses, más semanas y muchos más días, cada uno de los cuales puede amanecer con crisis y circunstancias complejas de manejar. Algunas son locales, otras son mundiales, pero nunca faltan problemas. La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor. Cualquiera de los últimos cincuenta presidentes de México, incluyendo a los favoritos de AMLO, le podrá confirmar que la realidad nunca es así.

Los problemas aparecen cuando menos se esperan y el gobierno no tiene más remedio que actuar. Esa fue la experiencia de López Portillo con la devaluación de 1976 y de Miguel de la Madrid con la expropiación de los bancos y, luego, el asesinato de Enrique Camarena; de Salinas con la explosión de Guadalajara; de Zedillo con la devaluación de 1994; y con Calderón con la crisis financiera estadounidense de 2008. El problema se presenta y el gobierno tiene que actuar más allá de sus preferencias o posturas. Es en ese momento que importa no sólo la legitimidad de origen -que siempre se pone a prueba en las crisis- sino el capital político que el presidente fue acumulando -o perdiendo- en los tiempos anteriores. La estrategia de polarización y discor-

Seis años son muchos meses, más semanas y muchos más días, cada uno de los cuales puede amanecer con crisis y circunstancias complejas de manejar. Algunas son locales, otras son mundiales, pero nunca faltan problemas. La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor.

La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor.

Seis años son muchos meses, más semanas y muchos más días, cada uno de los cuales puede amanecer con crisis y circunstancias complejas de manejar. Algunas son locales, otras son mundiales, pero nunca faltan problemas. La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor.

Seis años son muchos meses, más semanas y muchos más días, cada uno de los cuales puede amanecer con crisis y circunstancias complejas de manejar. Algunas son locales, otras son mundiales, pero nunca faltan problemas. La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor.

Seis años son muchos meses, más semanas y muchos más días, cada uno de los cuales puede amanecer con crisis y circunstancias complejas de manejar. Algunas son locales, otras son mundiales, pero nunca faltan problemas. La pregunta es cómo enfrentarlas cuando éstas se presentan. La estrategia que el presidente ha seguido hasta la fecha sugiere que su cálculo es optimista: todo va a salir bien, no habrá problemas y el tiempo está a su favor.

**ÁTICO:**

La descalificación es muy útil en tiempos electorales, pero contraproducente cuando se pretende gobernar o se presenta una crisis.

[@lrubiof](mailto:@lrubiof)